Sub quadam aeternitatis specie

I

Si el pensar fuese sólo la secuela de un por qué, María Zambrano no sería una pensadora. Como tampoco lo sería si la razón sólo pudiera fundar y fundarse en el análisis. María Zambrano no reduce su conocimiento —y más que tal es saber— a ninguna curiosidad instigadora, que es profanación y avasallamiento de la realidad. De la realidad que nos ha entregado ya el racionalismo inscrita en «cosas», llena de cosas, un objeto: culpa de la pregunta, dirá Cioran (quien tan bien ha practicado a veces a María Zambrano, más allá de la idea, de la definición), que inundó de cosas al universo, al preguntarse por ellas, huella indeleble de violencia en el pensamiento occidental. Más allá de la idea, del tormentoso preguntar, del concepto —que, por lo demás, para ser tal, ha de ser concebido—, más allá de un conocer que sólo sea catapulta de reducción de la conciencia y de reducción de lo real a los contenidos de la conciencia, María Zambrano crea —y recrea, pues, lejanos saberes y revelaciones también la sustentan— una «racionalidad» que, por lo pronto, y sin preaviso, parece darse en jeroglíficos de enigmáticas figuras, como una cifrada profecía, o la palabra incomprensible de un inviolable encuentro. Y parece insólito ese aletear y abismarse de la razón, y tantas veces ininteligible. Recurrir entonces a la ambigüedad que la califica de poesía o mística, puede ser el síntoma de una deserción, o lo que es peor y tan frecuente, la declaración de una impotencia que pretende revestirse de asimilación, en la confianza de lo inefable. Mas en María Zambrano hay razón manifestada, más allá de la expresión, en un diálogo que busca compartir y ser entendido, y ser razonado tanto como sentido. Un diálogo de la razón que es vivido justamente desde la comunicación, desde el encuentro con la realidad por la comunión, en el amor sin sombra. Todo su pensamiento, su sabiduría, su decir, mostrar y sugerir es el tránsito constante entre la razón y la vida, que aparecen como lugares «salvables» entre sí. Es permitido a la razón, a las razones, penetrar en la vida, en sus abismos, sus entrañas; es permitido que éstas entreguen sus razones. Y emerge la razón dando fe de una vida ardiente que también se alza por sobre los tiempos, los padeceres, el delirio, hacia inmensos reinos de noche y luz. Razón, por ello, razones, de la grande capacidad humana de acoger y acogerse a la realidad sin tratar de sojuzgarla violentándola. Y así, hay que deponer las armas como primer paso para la inteligencia de este pensar, así, sin violencia. De esta filosofía, y que si tal queremos llamarla hemos de «desposeerla» de su componente violento —raíces de la filosofía, dirá María Zambrano, son tanto la admiración como la violencia precisamente sobre la realidad al preguntarse por el ser de las cosas— y asentarla en la alentadora admiración que «se despierta levemente hacia lo que se le sustrajo y que se quedó

remoto e inaccesible». Remoto e inaccesible como el imprevisible fulgor de algunos sueños, de algún sueño que sabemos hemos de descifrar, mas no podemos, y recaemos una y otra vez en el círculo terrible de lo ávido de vida y tanto más cuanto más asfixiado esté. Y ésta es la cuestión, el centro oscuro que hay que deshacer para ir al «entendimiento» de María Zambrano: locura sería y vano intento, anteponer un afán de «inteligencia» al necesario, indispensable, acallar a esa gran ordenadora, la que todo lo reduce, esquematiza y encubre —y a quien más al propio ser—, la mente discursiva. Sucede con ella como con esos sueños —los sueños «monoeidéticos», que según María Zambrano explica en el «Sueño Creador», pueden llegar a ser completamente liberadores... de descifrarse— en que aparecen signos jeroglíficos, enigmas. Sueños que encierran el destino de alguien, como la Esfinge el de Edipo, presentación diáfana de una acción que habrá de desvelar pero que, para ello, requiere primeramente el concurso de cierto cambio, de cierta conversión del sujeto «que es lo que tales signos o palabras están demandando y que es lo propio del lenguaje sagrado en todas sus especies y manifestaciones» [1]. El conocimiento, la inteligencia lógica, digamos, vendrá después y será así, aunque para entonces la lógica se verá abarcada en una órbita de mayor cadencia, en una comprensión de «ritmos» que no van a implicar sólo a la mente, aunque también. Aporía insalvable puede parecer, aunque sólo lo será desde una pura perspectiva de inferencias analíticas que, desde luego, no es la única posible. Justamente ahí se plantea la realidad de la *razón poética* de María Zambrano. Tal vez a esa razón poética le sean plenamente aplicables las palabras de esta pensadora acerca del modo del sentir, pensar y vivir la música el «alma» órfica, los que por el canto y el viaje a través del tiempo «descubrieron» el alma: «Al encontrar su modo de "decir" —musical y no lógico— se restituye a su lugar y a su originaria condición; es ya sí misma, ha sido rescatada» [2].

María Zambrano es «incognoscible» de no mediar un saber adentrarse en los propios sueños, en la propia vida —y ella es buena mediadora en ese propósito— en la herencia que el pasado nos ha legado, tantas veces también como un sueño del que hay que despertar. Es plenamente inteligible si media nuestra propia respiración, un suspiro tal vez sólo, que asciende atravesando la angustia y la espera, trascendiendo. Plenamente: mas sólo desde ese respirar que apacigua el sentirnos —porque así se nos llega a imponer—, asaltados por la realidad y nuestro resistir frente a ella acortándola, recortándola. Y se revela un inmenso saber que recoge múltiples disciplinas, conocimientos, saberes y revelaciones, erudiciones tantas, mas nunca vacías en «sucesos» y «datos». Sin duda hay algunos puntos claves de referencia de la órbita de acción de María Zambrano, por lo demás muy explícitos en su obra algunos: el orfismo y el pitagorismo —y ese «pitagorismo» vencido que, como semilla, parece ir germinando con otro nombre a lo largo de toda la historia—, cierto neoplatonismo —y los propios Platón y Aristóteles—, la gnosis permanente en el esoterismo cristiano de los primeros siglos, en San Pablo, en el Apocalipsis y en el Evangelio de Juan, en el pseudo Dionisio, en los padres apostólicos, en Scoto Erígena, en Dante... y tantos misticis-

[1] *El Sueño Creador*, en Obra Reunida, Aguilar, pág. 46.

[2] «El hombre y lo divino», 2.ª ed. FCE, 111, pág. 111.

mos. Mas si de mística se trata, con referencia a María Zambrano, ninguna por encima de la española y sobremanera dos «experiencias», más que influencias para ella: San Juan de la Cruz y Miguel de Molinos. Y necesariamente hay que mencionar a Nietzsche como referencia de este pensamiento. Ciertamente, el magisterio de Ortega y la «razón vital» (y su largo entronque con las tendencias «vitalistas»), como la propia María Zambrano reconoce en su ensayo «Ortega y Gasset, filósofo español», fueron para ella, más que nada, un medio que permitió, otorgando luz, que su pensar y sentir encontraran otras formas de sabiduría, más altas y lejanas, diríamos nosotros, más cercanas, para las que, en definitiva, «el hombre vuelve a ser la cuestión, criatura errante que parece haber perdido su "puesto en el cosmos", ha de reencontrar la razón que le haga asequible su propia vida, la razón que rescata sus muchas almas perdidas en la historia y que le hagan diáfano su tiempo, el suyo, cuanto sea posible» [3]. Razón, la de María Zambrano, que reencuentra y se acoge a una vía que parte de la inmediatez y discontinuidad, de la pasividad, mas, al hacerlo desde un centro, es vía unitiva, razón unitiva, mediadora (entre otras cosas, entre la filosofía y la poesía). Desde y hacia «la unidad que nos alberga, la santa realidad sin nombre». Y el corazón —la metáfora y real carnalidad viviente del centro, corazón— es la voz callada, el sonido y el ritmo que alcanza al alma, a la mente y otorga a las razones el necesario equilibrio con su razonar. Sólo el corazón —dice María Zambrano— puede ser, es, el vaso de inmensidad y el punto invulnerable de la balanza que sostiene el Universo. Sólo así la multiplicidad, antes de establecerse como tal, se unifica en equilibrio sin que se borre o se sumerja ninguna de las realidades que la integran. Nada de lo que como real llega al corazón humano ha de ser anulado o dejado fuera, dejado sin razones. Pues nada de lo real debe ser humillado.

2

Podría ser todo en María Zambrano, cuanto dice y ve, el recuento de un recorrido por el delirio, la revelación, en proporciones de razón, que nunca habla de lo que no ha vivido. Revelación de un delirio —y tantas formas de él— que busca, y quizá por eso delire todo delirio, ser acogido, y serlo en estado naciente, despertando. Despertando del delirio sin otra finalidad que la fidelidad al propio ser en la vida que se abre. Despertar de la vida, imposible en la asfixia de la existencia que se erige —en la que el yo de la conciencia erige— en voluntad que es, dirá María Zambrano, ávida «postración de imposible despliegue». Así cabría hablar más que de «existenciales», o junto a ellos y como focos de respiración, de «vivenciales»; aquellos como imanes sostenidos por la «llamada que por sí misma crea la existencia», la permite, funde al ser en la vida; donde lo existente rinde su pretensión de ser por separado y aún de ser él mismo; donde entrega sus sentidos que se hacen uno con el alma. Un olvido de todo cuidado... si llegara a ser así.

Un saber que está proponiendo la unión de ser y vida en la palabra, más allá del

[3] «El hombre y lo divino», pág. 124.

lenguaje, del lenguaje notificativo e indicativo, la palabra «que es concebida, albergada, la que inflige privación, la que puede irse y esconderse, la que no da nunca certeza de quedarse, la que va de vuelo» [4]. Y para ser así, ha debido recuperarse la sensibilidad como mediación entre la conciencia y el alma y hacerlo en un «sentir iluminante» que se proyecta sobre la realidad, sobre el propio ser, como reconocimiento. Sentir que es directa, inmediatamente, conocimiento puro que nace en la intimidad del ser, que abre al ser y lo trasciende: «el diálogo silencioso del alma consigo misma» que busca aún ser palabra, la palabra única, la palabra indecible, la palabra liberada del lenguaje [5]. Palabra, que diríamos, es logos y número al tiempo. Sincrónicamente. Pues se abisma con el tiempo y lo recorre, el tiempo que une, hito o detención en la vía unitiva. Y del recorrido del tiempo, de los múltiples tiempos, hace llegar el instante en que se cumple el sincronizar de la vida con el ser, de la vida propia con la historia y la vida toda. Se manifiesta entonces el tiempo, lejos de suspenderse, en todo su esplendor: da a ver y sentir sus frutos, «una profecía del cumplimiento final, de la doble entrega del más allá y del ahora». Tal si, como dijera Spinoza en sus últimas proposiciones de la Etica, se hubiese situado «sub quadam aeternitatis specie». Y se da a oír el tiempo, en su forma más pura, en la musicalidad, ese lugar de la música y de algunas palabras, que se entregan en cadencias, y sólo en la musicalidad otorgada por la manifestación del transcurrir del tiempo, donde el tiempo se libera de la ocupación que sufre de hechos y sucesos que sobre él «pasan». Pues el solo ritmo y sus ecos que son respuesta, puebla la extensión del tiempo y lo interioriza, lo hace vida. Se da a oír el tiempo en la música que entrega al corazón de aquél «lo que no tuvo sustancia alguna, mas sí un cierto ser o avidez de haberlo».

Es una visión nueva, un medio de visibilidad en que la imagen se hace real y el pensamiento y el sentir se identifican sin que sea a costa de que se pierdan el uno en el otro, o de que se anulen. Manifestación que parece huir de la pura expresión, de la sola expresión del lenguaje; por eso el ritmo, la cadencia, el eco, la musicalidad en respuesta: la música que sostiene sobre el abismo a la palabra. Restituye su pensamiento al lugar donde conocimiento y vida se dan aunados. Es ese lugar un imán, a modo de método, dirá María Zambrano, que conducirá todo su pensamiento. Frente a la actividad del pensamiento que se da en la consabida continuidad de un método, pone de relieve María Zambrano la pasividad del entendimiento que acepta «la irremediable discontinuidad a cambio de la inmediatez del conocimiento pasivo con su consiguiente y continuo padecer» [6]. Pues, ¿cómo abordar la continuidad del padecer y la discontinuidad de la conciencia y su lucidez? Sólo acogiéndonos a lo fragmentario, donde lo entrevisto puede encontrar su figura, y lo fragmentario mismo «quedarse así como nota de un orden remoto que nos tiende una órbita» únicamente manifiesta a los que fían en la pasividad del entendimiento». Fiar en la pasividad del entendimiento, reconducirlo a la confianza. Confianza y negación de la falacia de explicar «claramente» al ser, dejándolo en realidad desamparado, y tal vez en los aspectos de su ser que más le importen, pues que son los que le hacen ser. La

[4] «Claros del bosque», págs. 99 y 95.

[5] *Op. cit.*, pág. 58.

[6] *Op. cit.*, pág. 14.

diafanidad misma, la claridad, ¿es posible, sin que ella trasgreda, por principio, cualquier manifestación y la impida? Consideración primordial, que es ley primera, que toda acción reveladora lo es ante todo del principio de ocultación y manifestación que parece gobernar la vida de la tierra, la vida de todo lo que ella sostiene. Filo éste delgadísimo, de proporciones tan sutiles que alcanzan casi la desmesura: el de un saber que pretende hacerse cargo de, y despertar, todas las zonas ocultas de la vida, y hacerlo respetando sus mismas condiciones, «vaivenes» de ocultamiento y patentización: frente a las claridades y evidencias a que nos tiene acostumbrados la filosofía, pareciera este saber en penumbra. Así su «método», y de tal sólo puede hablarse en forma muy analógica, cumple estas condiciones de ser medio de visibilidad, discontinuo, centrado en el ser entero, y no sólo en la mente; método más que de la conciencia, de la criatura. Un método que se hace cargo de «esta vida, al fin desamparada de la lógica, incapaz de instalarse como en su medio propio en el reino del logos asequible y disponible» [7]; y que se hace cargo tanto más de aquellas zonas más avasalladas desde siempre por la conciencia luminosa. Explícitamente se plantea María Zambrano el riesgo de semejante método: «descender tanto que se quede ahí en lo profundo o no descender bastante, o no tocar siquiera las zonas desde siempre avasalladas, que no necesariamente han de pertenecer a ese mundo de las profundidades abisales, de los inferos, que pueden, por el contrario, ser del mundo de arriba, de las profundidades donde se da la claridad» [8]. De la superación de este riesgo habla, en tan plena coherencia que es fidelidad, toda su obra y por modo preciso la forma en que se constituye esa obra tras la verdad; pues aquel método, si es tal, lo es en virtud de ser camino tras la verdad, actitud palpitante e inerme ante su presencia. «Y al reencontrarse así en ella, ya no teme, porque no está ante ella; va con ella y la sigue, sigue a la verdad , que es lo que ella le pide» [9].

Sólo así puede constituirse en imagen fiel del vivir mismo, que es acción y pensamiento, discontinua atención, inconcluso sentir y apercibirse; imagen fiel del vivir en el tiempo que va dejando «huecos de atemporalidad en oleadas que se extinguen, en instantes como centellas de un incendio lejano». Su propia fidelidad a la verdad, su desinterés tras ella, la necesidad con que sólo a ella sigue, le hacen ser un saber interesado, pasionado, frente al desinterés y la impasibilidad de la filosofía, que si así fuese, vendría a ser, más bien, un saber innecesario e imposible. Aquella «comprensión» que Dilthey atribuía como propia de las ciencias del espíritu conlleva el interés y la compasión (nachleben): volver a vivir la vida de otro... Vivir en sí la historia. Y no es posible recorrer las huellas de la identidad sin que en ello nos vaya algo o todo, sin revivir la pasión, el padecer en que se manifiesta. De ahí ese doble movimiento, de recapitulación histórica y de revivencia propia, realizado por María Zambrano. Pues alguna de las cosas que han pasado, ¿no continúan pasando para mí, como sucede con los conflictos esenciales de la tragedia? ¿Han pasado —se pregunta María Zambrano— en verdad, Edipo, Antígona? «Entre tantas cosas que pasan,

---

[7] *Op. cit.*, pág. 15.
[8] *Op. cit.*, pág. 15.
[9] *Op. cit.*, pág. 28.

algunas hay que son el soporte de un argumento, de una "pasión" que las hace estar siempre pasando sin acabar de pasar» [10]. Tal si toda vida fuese el apurar de una pasión. Se conjunta así el conocimiento histórico y el conocimiento del alma para desvanecer el error de creer en el tiempo sucesivo, y trascender los momentos que tan sólo consumen un argumento único que ha de ser descifrado, para encontrar en la Historia las raíces de nuestra propia vida de hoy, más allá del acontecimiento y por mor de reconvertir una pesadilla, que solamente se padece, en el trasunto mismo de la libertad. Reconvertir la pesadilla en tragedia que revele el sentido de un destino, dé cauces para rescatar la esperanza de la fatalidad. Pues «sólo la esperanza que sobrevive frente al enigma —dice María Zambrano— y se afirma descifrándolo es la que lleva la conciencia y la informa; la que rescata también a la conciencia de su enemistad con la vida, transformando su fría claridad en luz viviente» [11]. Auténtico conocimiento poético que sitúa a cada vida en el ancho horizonte de la vida toda, del sueño, del delirio humano, de la esperanza de que se aúnen ser y vida. De ahí su carácter esencialmente abierto, de manifestación..., que incluye la purificación. Y si hay consuelo es porque, digámoslo también con Cioran y en parangón a aquél a quien Cioran lo refiere, como en Rilke, el espacio que abre María Zambrano es un «raumder Rühmung», espacio de celebración donde lo real «tiende hacia un excedente de ser donde toda cosa participa de lo Supremo porque nada cae bajo la maldición de lo intercambiable» [12]. Espacio donde la voz cumple el designio del oráculo: «conócete a ti mismo» y eleva el oscuro ímpetu de la vida al alba y de ésta a la razón. La sensibilización, incitación racional y poética, hacia el propio destino halla en el tiempo su eje, pues es el tiempo el que actualiza la pasión de todo destino, el esencial elemento vital humano; y sentirlo es la cifra, dice María Zambrano, del humano vivir, las diferentes maneras como el tiempo sea sentido y vivido marcarán las diferentes situaciones de la vida humana y de la vida histórica. Son los abismos del tiempo los que, lejos de abandonarnos, nos envuelven, nos sostienen. Y por sostener, el tiempo alza y eleva al ser humano sobre la muerte —pues él sostiene a la vida y a la muerte como momentos de un eterno proceso de resurrección—. El tiempo. Y el amor que trasciende siempre y abre así más allá del futuro, por encima, la eternidad, «esa apertura sin límite a otro espacio y a otro tiempo, a otra vida que se nos aparece como la vida de verdad» [13].

3

Va este saber «discontinuo» sumergiéndose en abismos, alzándose a «las profundidades donde se da la claridad». Más allá de toda pregunta, recuperando en la respuesta una intimidad perdida, una adoración extinta. Saber de los «adentros», más allá de la poesía que busca el camino del regreso, de la filosofía que siempre que renace

[10] «El hombre y lo divino», pág.

[11] *Op. cit.*, pág. 250.

[12] «Contra la Historia», Tusquets, pág. 119.

[13] María Zambrano, *op. cit.*, pág. 273.

—dice María Zambrano— desciende a capas más profundas de ignorancia. Aunando poesía y filosofía en la consunción de la nostalgia reconvertida en esperanza, dando razones de sus secretas razones. Y tiembla su palabra también en el silencio, como la del poeta... «Y sólo la órbita de un ritmo podrá sostenerla». Respuesta, ciertamente, obediencia a un mandato del corazón que no puede acosar a preguntas a la presencia que se desvanece si se la acosa, a la propia alma, asfixiada por el preguntar de la conciencia insurgente. Así, más que pregunta, lo que se da es «un clamor despertado por aquello invisible que pasa sólo rozando. ¿Adónde te escondiste?». Clamor, herida que se acoge, no a un por qué, sino, a lo sumo, a un cómo de admiración y espera. Padecimiento íntimo de algo «escondido» que le desata el clamor y abre las entrañas haciendo salir de ellas las razones, las mismas razones que la filosofía enuncia sin queja. Pues la queja va dirigida a un quien, y no hay un quien para la filosofía. «La filosofía peregrina sola», dirá María Zambrano. El hombre pensante occidental no tiene un dios a quien reclamar, un dios de sus entrañas, pues las mismas entrañas fueron acalladas en el curso del filosofar. Aunque, en realidad, el pensamiento filosófico no ha podido romper totalmente con «la raíz» de las entrañas —y Empédocles, quien nombra a las entrañas como receptoras del logos, Platón y tantos desde el idealismo que dejó al hombre solo son muestra de ello— pues de ser así la filosofía no hubiera podido conducir «la esperanza y aún la avidez, esa avidez específica y noble de conocimiento que es alimento, participación.» Mas no pide ese alimento la filosofía, afirma María Zambrano, ni en Empédocles, sino que parte a descubrirlo en soledad. En soledad, pero no en el abandono. Y en María Zambrano se parte de un abandono, un vacío, y de partida también un orden: pues las entrañas, son raíces últimas, fragua donde se «alquimizan» los procesos del sentir, del sentir originario que propone y exige del pensamiento ser desentrañado, llevado a la luz, al orden de lo visible. Son, pues, las entrañas generadoras de orden, el embrión de un orden. No está de más recordar, al efecto, la noción de corazón y los «órdenes» y «valores» pascalianos. Sin buscar ahora una precisa concatenación con María Zambrano, sino más bien como sugerencia de similitud en un mismo medio de visión, en una misma exigencia, que podría también hacerse, y así se ha hecho ya, respecto a ciertas propuestas del pensamiento de Spinoza y Leibnitz, a modo de escolio para la comprensión de una geometría del infinito, geometría que funda éstos y otros saberes.

Desde el lamento que patentiza al delirio, va creándose un orden, un equilibrio, proporción y ecos de un pensamiento que late en el mismo sentir originario, y que como todo eco es obediencia a una voz. Se instala, ya está dicho, desde el propio método —mandato (pues su «método» es camino de respuesta a un mandato) en cierta perspectiva de eternidad, que es la que enuncia —anuncia— en el tiempo la liberalización, la inasible unión en la misma discontinuidad, en la multiplicidad en que pareciera desvanecerse el corazón pleno de estupores. Orden también como eco, como respuesta, de las entrañas al orden del universo todo. Orden y proporción del sueño y el despertar, de la inspiración que se acoge al fondo más íntimo de donde la vida brota, a la revelación que de sí hace lo sagrado en lo divino, a la inteligencia que razona en los mismos infiernos del padecer humano y asciende convertida en inspirada razón, hasta «dormirse arriba en la luz» donde el corazón se abandona, se entrega. Allí

se recoge y se aduerme al fin ya sin pena [14]. *Sub quadam aeternitatis specie* construye María Zambrano su método que recoge los dos polos en que se mueve todo humano vivir: el mundo celeste y luminoso, el infernal del padecer donde «el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo». Bien pudiéramos decir que actualiza, continúa, eleva, en forma completamente original, aquella visión (pues visión fue su filosofía) de Spinoza que recorrió las escalas del delirio y la pasión hasta la excelsitud del «amor intellectualis Dei», hasta la beatitud que se instala, desde la propia crítica a la conciencia limitadora, en una abiertísima consciencia «de sí mismo, de Dios y de las cosas con arreglo a una cierta necesidad eterna» [15]. Visión y manifestación en Spinoza, que dicho sea de paso, con extraordinaria precipitación ha podido reducir G. Deleuze a «expresión». Precipitación que, a pesar de la demora escolástica y analítica que Deleuze realiza, no hace sino tergiversar hondamente el pensamiento de aquél [16]. Y visión y manifestación —que no sólo expresión— es también este saber que retrocede desde el pensar de la filosofía al mundo de la inspiración poética, al mundo trágico en que se patentiza el delirio humano... por liberar el destino.

Del diálogo del alma consigo misma que recorre sus tiempos, y los tiempos de la historia, podría también surgir aquella aclamación infinita de Ungaretti: «M'illumino d'inmenso»... y tal el Dante esta visión lleva su palabra a la necesaria penumbra lindante en música, palabra abismática, sostenida por la música en el silencio. Pues se resisten las entrañas a la claridad cuando sobre ellas se vierte tal claridad —dice María Zambrano— como sobre un objeto de afuera..., como un objeto, porque la inteligencia misma corriendo de por sí establece el dintel que es separación dentro del mismo ser que se dispone a entender, y al «entender», reduce y lo que no puede ser reducido queda extrañado, sin posibilidad de ser reconocido. Y hay que proporcionar la inteligencia al oscuro sentir, por no cegarlo deslumbrándolo, esparcir bien el logos por las entrañas, como dijera Empédocles, y dejarla adormise arriba, apaciguar su violencia allí donde la esperanza y el amor otorgan al corazón el don de ser sin empeño: «El don de ser embebido en el don de la vida, ser y vida sin escisión ni diferencia alguna, pues que todo cuitar viene de que ser y vida se le den por separado al hombre» [17].

Descifrar las entrañas, sean las propias personales, sean las que laten, como en un sueño (que también es revivido) que busca ser liberado, en la historia, no es analizarlas, pues realizar tal análisis es someterlas a la conciencia despierta que se defiende de ellas; «enfrentar —dirá María Zambrano— dos mundos separados de antemano». Descifrarlas, por el contrario, es conducirlas a la claridad de la conciencia y de la razón, acompañándola desde el sombrío lugar, desde el infierno atemporal donde yace. «Lo que sólo puede suceder si la claridad proviene de una razón que la capta porque tiene lugar para albergarla: razón amplia y total, razón poética que es al par metafísica y religiosa» [18].

---

[14] *Claros del Bosque*, pág. 32, «El método».

[15] SPINOZA: *Escolio a la última proposición de la «Etica»*.

[16] G. DELEUZE: *El problema de la expresión en Spinoza*.

[17] *Claros del Bosque*, cit.

[18] *El Sueño Creador*, pág. 50.

Bien es cierto que en la civilización moderna la conciencia del hombre «normal» ha perdido contacto con el resto de su ser. Su alma y su cuerpo se le presentan extraños, como fenómenos. Desde esta asediada conciencia piensa que el análisis sea el método por excelencia para entenderse con su propio ser, y dentro de él con esa oscura zona de los sueños que, para María Zambrano, son el alba de la conciencia.

4

φησαας πειρασθαιθι το εν ομιν θειον
αναγτιν προ το εν τω παντι θειογοςν

(Palabras finales de Plotino, según Porfirio; cita inicial de «El Hombre y lo divino».)

Conducir lo divino personal a lo divino que hay en el universo a través de una mediación que es clamor y gemido a los que ha descendido un logos lleno de gracia y verdad. Una razón que abre un horizonte como centro, donde lo sagrado, el arcano insondable y lleno, dice su misterio y se hace accesible bajo la forma de un secreto, el secreto de lo divino, de la manifestación de los dioses que aparecen como condición de la revelación del hombre ante sí mismo y ante las miradas de esos dioses. Y avanzar por la historia de un delirio —pues todo delirio es llamada a lo divino, o desde ello— y de una necesidad: la del mutuo compadecimiento del hombre y la divinidad... y la inquebrantable cuestión —¿o es la única respuesta, la definitiva al padecer humano, de darse la respuesta?— del cómo de un asesinato, una muerte, de lo divino, de un crimen por amor, manifestación de amor. Los tiempos de una soledad —abandono en el comparecer—, de un silencio, tal vez el resultado último, para el presente, de nuestra historia.

Recorre María Zambrano el aparecer de los dioses como una reiterada epifanía de lo sagrado, que hace accesible lo sagrado, dándole forma, dando forma así a la realidad, otorgándola y permitiéndola ser, permitiendo al hombre espacio y libertad donde desenvolverse. Puede el hombre, por lo divino, transitar y vivir como tal hombre. Y siendo los dioses seres que dejan libre la esfera del ser, adelantan, manifiestan, condensan en forma no-humana esa esfera del ser. Por eso la filosofía, si relegó a los dioses, a sus formas, su acción entre todas fue la transformación de lo sagrado en lo divino, en la pura unidad de lo divino. Sólo así fue posible el tránsito desde el apeiron sagrado, portador de todos los signos de la realidad, al descubrimiento de la «idea». Y esa especial proporción entre lo sagrado y lo divino era la gran necesidad humana implicada en el problema del ser; vencer —dirá María Zambrano— por la visión esa oscura resistencia de lo sagrado, desentrañar dentro de ella la pura esencia que siendo hace que cada cosa sea; descubrir al final al ser que siendo hace ser. Búsqueda que habrá de ir repitiendo, más allá del tiempo sucesivo, la inicial situación humana ante lo sagrado: la doble persecución del terror y de la gracia. Delirio y libertad como dos polos ante la realidad. Y acción de un amor preexistente que algo dice en medio, o como su fundamento, de ese sentir, que son notas de la relación con lo divino, que ha tenido siempre el hombre de ser perseguido, poseído,

mirado —o agraciado, en la misma persecución, posesión y mirada, o en virtud de ellas mismas— por los dioses. Notas de una necesidad y de una esperanza.

5

Entre la necesidad y la esperanza no hay más fuerza mediadora, ningún otro puente que el amor, puente sobre la fatalidad. En toda su incalculable presencia que no se aviene a justificación ninguna, ni ha de darla; por más que el hombre occidental, empeñado en la tarea fatídica de asfixiarse de claridades, a fuerza de análisis, se haya ido acostumbrando a hacerle justicia, presentándole como reo; y así, «ha de justificarse y dar razones sin término, y ha de resignarse por fin a ser confundido con la multitud de los sentimientos, o de los instintos, si no quiere ese lugar oscuro de la «libido», o ser tratado como una enfermedad secreta de la que habría de liberarse.» [19].

Desalojado de su auténtico lugar, el primero para el hombre, en favor de una libertad que lo enjuicia y que acaba por convertirse en libertad negativa, el amor mismo pareciera convertirse él en justicia, en némesis que cifra y vela la libertad vacía y hueca de un ser al que le es imposible realizarse, falto del amor que lo engendra. Dirá así María Zambrano que vivir el lado negativo de la libertad parece ser el destino que ha de apurar el hombre de nuestra época. El amor así sometido al determinismo de las causas, pretendidamente justificado y aclarado, «convertídose en hecho, decaído en acontecimiento y sometido a juicio», parece vengarse devorando toda causalidad, toda luz, haciéndose el opaco sustrato de un hueco, de un abandono. Es así como se revierte a ser implacable necesidad de la que no hay escape. Como la mujer nunca adorada, dice María Zambrano, se convierte en Parca que corta la vida de los hombres.

El amor inaceptado es la forma de un rechazo humano, rechazo que inexorablemente confluye en un abandono, el más cruel y aun torpe, diríamos, abandono de lo que hace ser al ser mismo; y es huida que se convierte en garantía de un olvido, la vuelta al sueño, al delirio insondable, al enterrar vivo, viviente, al amor, dejándolo sin fuerza creadora: «es la retirada de lo divino bajo la forma del amor humano lo que nos mantiene condenados, encerrados en esta cárcel de la fatalidad histórica, de una historia convertida en pesadilla de eterno retorno.» [20].

Terrible dialéctica la que encuentra el hombre en su historia de amor, historia decantándose, más allá de la comunión con lo divino, en la voluntad humana de absorber enteramente a lo divino dentro de sí por no soportar estar separado de ello... por librarse, por ser libre. Con sutil figura recorre María Zambrano en «El hombre y lo Divino» el significado del «Dios ha muerto» nietzscheano en estricta relación con los movimientos del alma que, amando, necesita devorar lo amado... o ser devorado por lo que, o por quien se ama. Y ello en relación también con aquellas religiones que erigen su culmen en algún suceso de muerte por amor, del crimen por amor, y en una de las más aparatosas manifestaciones, en el cristianismo, del asesinato del Dios por

[19] *Dos fragmentos sobre el amor*, 1982, págs. 15-16.
[20] *Op. cit.*, pág. 22.

el hombre. Sin entrar ahora en lo que tan lejos nos llevaría, hay que subrayar que para María Zambrano el movimiento de rechazo del amor, en el mundo actual, es aquél de querer liberarse de lo divino y a la vez querer absorberlo dentro de sí. «Y entonces no queda espacio para el transcender del amor, que no tiene nada que ligar, puente sin orillas en que tenderse.» [21]. Pues esa es su «manera» de actuar: agente de toda transcendencia y no menos de toda destrucción —y destrucción, tantas veces, por transcender, por liberar de la pura fatalidad, por abrir dolorosamente un destino—, el amor, para María Zambrano, hace transitar entre zonas antagónicas de la realidad. Adentrándose en la realidad descubre también sus abismos, y la nada, él que es agente de toda creación, o por ello precisamente. Puede así dar nacimiento verdadero, el nacimiento que tanto se asemeja, a veces, a una destrucción, a la ruptura de una consistencia. El amor descubre el lado negativo de lo más viviente de la vida, de acuerdo, dirá María Zambrano en heraclitiana aserción, «con su condición intermediaria de realizar lo contradictorio. El es quien torna la muerte viviente, cambiándola de sentido, y quien argumenta en la esperanza, tanto más cuanto ese argumento se carga de entrega, de abatimiento, de sacrificio. Es indisoluble, para María Zambrano, la presencia del amor y su integración de la persona en una unidad, de sus atributos, dígase así, sacrificiales. El amor «exige hacer del propio ser una ofrenda, eso que es tan difícil de nombrar hoy: un sacrificio.» [22].

Adquiere así la pasión, el amor-pasión, el carácter de episodio de una historia mucho más amplia. Pues esas pasiones han sido y serán siempre «los episodios de su gran historia semiescondida. Estaciones necesarias para que pueda dar el amor su fruto último, para que pueda actuar como instrumento de consunción, como fuego que depura y como conocimiento.» [23]. Consunción y conocimiento que superando la pasión dejan alentar el movimiento de las verdaderas partidas, donde sucumbe todo anhelo en la quietud de un volar que es estar ya «fuera de sí». «Es el futuro inimaginable, el inalcanzable futuro de esa promesa de vida verdadera que el amor insinúa en quien lo siente (...) el futuro que inspira (...) el que atrae el devenir de la historia que corre en su busca. Ese fuego sin fin que alienta en el secreto de toda vida.» [24].

Parece ir María Zambrano deletreando, cautamente, la sílaba única de identificación de lo que ha sido la bifurcación del amor, asumiendo la pasión del puro bramar de la vida y la impasibilidad de la filosofía, en una quietud que a ambas —pasión e impasibilidad— levanta, sin del todo desdecirlas y en todo trascendiéndolas, aunando alma y amor; y puede medir —como afirma ella misma en «El hombre y lo divino» [25]— las distancias del universo y transitar entre las diferentes especies de la realidad y alojarse en ellas y vincularlas.

---

[21] *Op. cit.*, pág. 23.
[22] *Op. cit.*, pág. 31.
[23] *Op. cit.*, pág. 32.
[24] *Op. cit.*, pág. 33.
[25] *El hombre y lo divino*, pág. 27.

6

De la convertibilidad y plurivalencia de los mitos extrae razones, y las secretas razones, y del fondo de las edades rescata el delirio, lo desentraña (que todo desentrañar es un rescate), como rescata a Antígona de la tumba en que ha sido sepultada. De los contenidos místicos y religiosos extrae, porque esos son esos contenidos la manifestación misma de la vida del alma, de esa especie de procesión de los sueños objetivados, en que el ser humano se revela a sí mismo y busca su lugar en el universo [26].

Y así la voz de Apolo —él, el oído divino en el centro del mundo—, voz y luz donde todo se escucha y todo sale al encuentro. Desde el fulgor de la escucha se aparece la ardiente iluminación del «conócete a ti mismo», inscrito en Delfos, como la llamada a identificarse, a reconocerse, a ofrecerse como hombre despierto. Rescatado del mar de los sueños, salvado de y por las aguas, de y por la conjunción de la luz y las aguas —Apolo, su delfín y Poseidón hablan de esa iluminación de cielo, tierra herida y mar—. Y el despertar se le figura a María Zambrano como «la reiteración del nacer en el amor preexistente, baño de purificación cada despertar y transparencia de la sustancia recibida que así se va haciendo transparente» [27].

Despertar naciendo, como lo opuesto al despertar existiendo: bifurcación que inicialmente, y constantemente, se le ofrece al ser humano. También aquí responde el mito, Eleusis todo es una respuesta: Démeter, Perséfone, Triptolemo, son los nombres de una acción: esa germinación del ser dormido, esa aparición, comparecencia, ante la luz. Reaparecer existiendo verdaderamente, siendo ya apto para seguir creciendo, desde sí mismo, para seguir victoriosamente viviente, pacificada ya la naturaleza y la historia, al menos para el ser humano al que esto ocurra. Deshecho el nudo de la tragedia que a todo individuo humano, por el hecho de serlo, aprisiona. «Ha sido solamente sacrificado para darse multiplicado en una forma, una, perfectamente viva» [28]. Desde esa situación tiene que acabar de hacerse, ya él mismo, ya descubierto ante la luz saliendo de la oscuridad, mas no de la matriz oscura del primer nacimiento, sino de la tiniebla que consigo lleva; desenredado de su laberinto inicial, de su ocultación entre su ser solamente nacido en la vida y bajo la muerte. Así, según María Zambrano, a Triptolemo, al nacido, la muerte le afecta de otra manera: habrá de morir, mas como el grano ha muerto, y va con su sola forma humana hacia la unidad perfectamente viva, la identidad apetecida y accesible ya.

Pues se reaparece desde la pasividad que es la situación del hombre, ese estar enclaustrado, entrañado, con el ser recibido que tiende irreprimiblemente a desentrañarse, a manifestarse. Situación del sueño es ésa, en la que se está privado del tiempo, sin tiempo disponible (sin que sea posible la ecuación tiempo-libertad-realidad); con las características del ser según Parménides: ausencia de espacio y de tiempo, y de movimiento; el ser de un estar, dice María Zambrano. Situación que es la indicación

---

[26] *El sueño creador*, pág. 50

[27] *Los claros del bosque*, pág. 22

[28] *El hombre y lo divino*, pág. 363

de la exigencia del movimiento: de la relatividad y la transcendencia (lo que aparece claro en la acción de realizar en los sueños de obstáculo, o en los de deseo). Aparece así el ser substraído a la realidad en pura pasividad, entre los fantasmas del ser. Mas ser criatura nacida de una vez y pasivamente es imposible, así la vida es imposible. Ha de darse el despertar como un recrearse, seguir naciendo de nuevo, abriéndose al tiempo propio, obedeciendo y aún identificándose con su sueño, seguirlo siendo su vida «despertando al ser de su sueño, despertarse junto con él» [29]. Transcender así el sueño inicial. Pues el ser en la vida, así sin más, se encuentra en estado de sueño; está ahí. Y es él, el ser, quien se sueña en la vida «sólo cuando el hombre acepta íntegramente su propio ser comienza a vivir por entero. Su diferir de su propio ser (...) y la posibilidad que inexorablemente se le actualiza de hacer algo con él, frente a él, o contra él, ya que el hombre puede contraserse, manifiesta en modo evidente la existencia en él de eso que se ha llamado libertad. La tiene, no ya cuando ha despertado, sino propiamente despertando. La libertad le hace despertar» [30]. Despertar con su propio ser en la realidad y ante ella, lugar de encuentro, la que inexorablemente pone a los seres al descubierto. Y se da la realidad en y con el tiempo: la realidad-tiempo es camino «pero también paso; puerto, puerta». Así el inicial sueño irreductible se va transformando en cada despertar, va dejándose ver, revelando al sujeto su fondo. Se revela el ser, se desvela, porque va perdiendo su carácter de absoluto, de oculto, de inaccesible [31]. Se desentraña, y a la par, va dejando de ser el desconocido que impone el extraño modo de estar en el tiempo de los sueños que puede llegar a sumergir a la conciencia en los abismos del tiempo mismo. Dejando de ser el desconocido, y accediendo a ser, plenamente, persona: en un cuerpo, una psique, en un tiempo histórico, en una herencia (un «subconsciente histórico»). Y el destino —cuya configuración es el argumento de toda vida humana, dado en doble faz, en su finalidad específica que es el transcender, y en la necesidad que proviene del pasado—, habrá de decir su nombre, más allá de aquella necesidad que abandonada a sí misma es fatalidad, más allá de toda calumnia a la que el falseamiento de los sueños puede conducir [32]. Despertando al tiempo propio, al ser propio, despertando en el propio sueño, comienza a darse la libertad, a abrirse el destino a la libertad. Y es ella, en el

---

[29] *El sueño creador*, pág. 27

[30] *Op. cit.*, pág. 28

[31] El polo opuesto, para María Zambrano, de esta situación se daría en la «enajenación», en la que la modificación habida de la percepción del espacio lo convierte en simple pantalla, inescrutable resistencia (y ya veremos, en otro lugar, el sentido que tiene la realidad toda en cuanto resistencia). Y queda así la realidad suspendida, absolutizada, en estado de ser. Y el sujeto sin lo real de la realidad, tal si el ser «hubiera descendido a la realidad fijándola en un instante y condenándola a quedarse "así" en un siempre que en ella resulta imposible, una especie de inmortal despojo». Queda, pues, el sujeto enajenado como expulsado de su lugar propio, del lugar de la vida; ensimismado y ensimismando a la vida con él, porque también queda la vida absolutizada, en estado de ser, al igual que la realidad. Salvar tal imposibilidad —la imposible vida en estado de ser—, es mediación del tiempo.

[32] Pues algunos sueños, los más espontáneos, los sueños de la psique, dice María Zambrano, procedentes de la «orexis», del deseo y la ansiedad, invierten la verdad y las dimensiones del tiempo, decidiendo «la revelación de un pasado que aún no se ha hecho (tal) del todo». Y que si clama por encontrar satisfacción es para perecer. Vid. El *Sueño Creador*, pág. 38.

seno del amor, la que irá haciéndole despertar, cuantas veces se requiera, la que llevará al ser a encontrarse con la realidad... Puertas que se abren en el sueño, puertos que son inicios de partidas.

7

La voz de un atrevimiento: atreverse a ser, abriendo la conciencia al ser, a la vida. Y roza, plegándose sinuosamente a los lugares de identificación de pasión y conocimiento, de agonía y ser, los confines de la respuesta, el centro de donde emerge, donde se sumen y ascienden los sueños y las causas, lugar donde las ilusiones y el padecer se manifiestan traspasando efectos, hechos, apariencias. Respiración, número y ritmo que se abandona a la circularidad y a la medida en que tal circularidad se otorga, en alternancias de manifestación y ocultación; ...aquel canto que dijera Emilio Prados, «canta y desnuda el aire / de la voz en que ha cantado» [33]. Tanto más se desnuda el aire cuanto más se trata de apresar diáfanamente la voz. Por ello, es la exposición de María Zambrano manifestación que responde a la ocultación sin deshacerla, sin avasallarla. Y es precisión hacer del lenguaje lugar de esta proporción que bordea, por igual, la noche indestructible y sin rostro de lo sagrado y la revelación de lo divino; proporción también entre la revelación de lo divino y el ser humano al que lo divino abre lugar. Entre el arcano sin nombre y el misterio que abre todos los nombres, y en medio de ellos la esperanza que la patentización del misterio (sin desvelarlo), abre al conocimiento humano.

Restitución de lugares, renacimiento de presencias envueltas por la historia en interrogantes que parecieran haber borrado esas presencias, o desplazado de lugar. Una nueva geometría donde inequívocamente los lugares de antiguas respuestas, ofrendas y comparecimientos se volvieran a dar a salvo de la destrucción, y a salvo de la más pérfida de las destrucciones: la que ofreciéndose como reconstrucción es, en realidad, indiscreta reconstrucción que arrasa cuanto toca y levanta. Por ello, emerge su obra a modo de fragmento de un único saber, que siempre aparece como perfecto, al modo humano, y, sin embargo, inacabado, sin posible sistema y siendo un todo, tal como ella dice acerca del templo en ruinas: «y los fragmentos de columnas (...) dibujan una articulación inesperada como un secreto que se da a ver, como una contenida geometría que se despliega. Es un todo, no un fragmento» [34]. Resurgido saber, restituido, más allá de cualquier nostalgia, al secreto de una identidad que se cifra de anhelos y recobra, desde ellos, la esperanza. Tal una nueva aurora que se abre lentamente, fiel a su propio destino de abrirse desde la noche, sin ser notada, mas también dolorosamente, de abrirse y de abrir sin violencia la oscuridad a la luz. Perfecta e inacabada aurora que entregándose entera anuncia, más allá de sí misma, a la Aurora.

---

[33] EMILIO PRADOS, *Sitios del Silencio*, en Río Natural.

[34] *El Hombre y lo Divino*, pág. 326

La aurora es en María Zambrano tema explícito, pero antes de serlo, de ser dado en lenguaje, es inevitable y está presente sin ser nominado, como otros alientos que inspiran decisivamente su palabra y que, siendo llama sustentadora, no encuentran expresión directa, estando claramente manifestados en su necesario ocultamiento. El transcurrir de su exposición, el adentrarse y adensarse de su palabra en los tiempos y la historia, están manifestando a la aurora en su venir e irse, y volver, siempre. Inicial e imperecedera sustancia que ordena, desde su ser de metáfora viviente y realísima, el pensamiento de María Zambrano, y lo mide de palpable fe en un conocimiento que se entrega más allá de todo posible razonamiento humano y que, más aún, puede elevar desde lo profundo a la humana razón, a la vida toda, hacia sí; ese conocimiento que se da a conocer por sí mismo.

En esa restitución que devuelve el pensar a la aurora de un saber, se da también la proporción entre sabiduría y estricta filosofía; medida del sabio y del filósofo que parece no haber abandonado por entero a la historia del pensamiento, y por modo más amplio, a la creación literaria occidental. Tal los templos que, indica María Zambrano, se han ido alzando sobre otros anteriores de la misma religión, y en algunos singulares casos dedicados a la misma advocación, así también en María Zambrano, se puede, cautelosamente, o mejor aún, a través de ella, ir llegando a lugares sagrados iniciales, alientos o hilos de agua originales. Es posible encontrar, desbordando cualquier adhesión a forma alguna de pensamiento, que en ella apenas se da, o no se da en absoluto, íntimas coherencias que apelan a un profundo sustrato común, ese manantial o aquel fuego que, como aliento, enciende similares llamas, similares vuelos a través de idéntico viento. Saberes inspirados que ostentan la huella —a veces como directísima manifestación de lo divino—, de un logos que ahonda y eleva el pensar humano más allá, y aun antes, de la idea y la deducción lógica, que andan convencidos, como en Empédocles, de que conocer la verdad es «conocerla en tu corazón con tu logos penetrante». Y es, siempre, la forma de un atrevimiento, el desafío a la conciencia despierta en medio de la inmensidad de un sueño que la dirige... conciencia dormida despierta; y así no sabe, pues pensándose diáfanamente despierta desde su exiguo reducto, no hace sino nombrar apariencias, tal inasibles fantasmas. Presente, dirá Heráclito, está ausente, y no escucha, no espera. Y, proseguirá aquél «si no se espera, no se encontrará lo inesperado». Y tal vez sean también razones de una coherencia las palabras que Platón recoge de Heráclito sobre los que han despertado: «Para los que han despertado hay un solo y mismo mundo, mientras que cada uno de los que duermen está vuelto hacia el suyo particular».

La presencia del «logos que siempre existe (y al que) los hombres no comprenden», según el Oscuro, del logos del verbo (del Tao, que también es palabra origen), es el fuego que enciende una experiencia, sobrepasando al mero pensar, y por supuesto más allá de cualquier erudición; experiencia que, paradójicamente, dirá también Heráclito: «los hombres no tienen, aunque todas las cosas suceden según ella», y que, al pertenecer el logos al alma, cualquier hombre puede tener. Desde la inspiración del logos, en el conocimiento de sí, se unifica la sabiduría que conoce la inteligencia que gobierna todas las cosas, a través de todas las cosas. Así, la evidencia para este saber —si es que de evidencia, como tal, puede hablarse para un conocimiento que renuncia

a la claridad y se mantiene en penumbra, por no calumniar a la realidad, por no mentir—, sólo puede darse a través del mesurado y atento examen que, incluyendo la mente, no «retira la confianza para ninguno de tus otros miembros por donde hay camino para el conocimiento» (Empédocles). Pues el conocimiento es el resultado de una implicación, no sólo mental, sino del ser entero, de la vida toda. Es así en María Zambrano la evidencia: despertar y ampliarse del ser unido con la vida, que ya no lucha con su corazón sino que lo halla como un centro integrado por el amor. Valdría recurrir a dos últimas citas de Empédocles y Heráclito respectivamente; sirvan, de momento, de sugerencias, de cierta indicación: la vida para Empédocles es integración por el amor, pues «tan pronto todos los miembros reunidos por Amor en uno se obtuvo un cuerpo, floreciendo la vida en plenitud». Para Heráclito, «es difícil luchar con el corazón. Pues lo que quiere se compra con la vida».

Mas, tal vez, vano sería hilvanar un discurso comparativo de las múltiples recurrencias del pensamiento de María Zambrano que, aun siendo posible, si exclusivamente se arraiga en la comparación, o en su exageración, en los débitos a ciertos pensamientos, a poco habría de conducir, centrado como precisamente está ese pensamiento en la propia experiencia. Más bien, habría que ir, como ella misma hace, al trasfondo que funda esas manifestaciones íntimamente relacionadas en su profunda originalidad, en su fidelidad a la verdad. Atender al cómo ciertas figuras (la aurora, el pájaro, el fuego...), o incluso el despliegue de ciertos conceptos (valdría la «sustancia» de Spinoza como ejemplo), son lo que María Zambrano llama la cifra de un anhelo, su patentización poética, y ciertamente velada, pero que otorgan la fuerza de un conocimiento más que cierto, verdadero. El «juego» de ocultamiento y manifestación que se entrega en metáforas que son conocimiento.

8

«Antígona es una heroína primaveral raptada, como Perséfone, por la tierra y devorada también por los infiernos del alma humana donde la conciencia desciende cada vez más hondo en su despertar.» [35].

«Y no mueren, no pueden morir. Antígona está enterrada viva como la conciencia inocente y al par pura en cada hombre.» [36]

El fruto de la tragedia no es, sensu stricto, un conocimiento, sino más bien un medio, una vía que se necesita crear para que el hombre siga naciendo. Y así, piensa María Zambrano, que el conflicto trágico no llegaría a serlo si consistiera solamente en una destrucción; no hay tragedia si de la destrucción no se desprende algo que la sobrepasa y la rescata [37]. De esta forma, cada protagonista de tragedia, una vez apurada su pasión, se asimila a cierto elemento o suceso natural y humano unidamente. Así Orestes al viento y los remordimientos, Edipo al llanto del fuego y Antígona al

---

[35] *El Sueño Creador*, pág. 68

[36] *Op. cit.*, pág. 64

[37] *La Tumba de Antígona*. S. XXI, 1967, pág. 3

llanto de la virginidad que llora sin haber sido fecundada: virginidad que se asimila al alba —«una metáfora y una categoría del ser que sólo pasando a través de su no-ser se da».

Es Antígona mediadora entre la naturaleza y la historia, y así hace que «en la historia se cumpla una acción del ser de la naturaleza, como si algo de lo divino de la naturaleza debiera encarnar en la historia humana». [38]. En su mediación, Antígona es la figuración más exacta de esa nota esencial de toda tragedia: la trascendencia. Arrastra con ella el símbolo lejano (y por tanto, «un sueño», de un sueño sacrificial), de la doncella que va y viene a la fuente, en realidad, fuente ella misma, «pues que de ella se derrama la vida sin dispersión, en forma transcendente». Vida que no da a un ser humano concreto, sino a la conciencia de todo hombre. Vida no contaminada, vivificadora, que libera y salva. Abre la vía de la libertad y realiza la acción resolutoria del conflicto de una estirpe. Mediadora en el sacrificio en el que consume la vida por una acción del ser, consumida la trascendencia. Como todo sacrificio (y recuerda María Zambrano a aquellas enmuradas que fueron sustento, en algunas culturas, de una construcción.... sustento y alimento, sacrificio al dios), su acción ha de cumplirse en los tres mundos, en la tierra, en los abismos, en los cielos. Transformada por el sacrificio, despierta, conciencia inocente y vivificante su morir —«un género de morir conveniente para que dejara algo, la aurora que portaba»—, es purificación de lo que fue, al tiempo infierno y purgatorio, salida hacia un destino ultraterrestre, tal como, recuerda María Zambrano, siglos después dijera alguien de sí mismo: «puro e disposto a salire alle stelle». [39].

Antígona, dice María Zambrano, es fundadora de una estirpe o al menos patentizadora de ella, su arquetipo: la de los enmurados, no solamente vivos, sino vivientes; la de aquellas criaturas que se ocultan y reaparecen según números desconocidos. «Vuelven en una reaparición que progresa al modo de la aurora». En su simplicidad, pureza y nitidez —notas de recognoscibilidad de estas criaturas— lo que en ellas aparece es la memoria despierta del «fiat lux»; y por ello son alumbradoras de conciencia, el reiterar de una aurora en cada una de sus apariciones, reapariciones más bien, habría de decirse, pues siempre aparecen en la misma esencial pureza. La conciencia así nacida —la conciencia de Antígona que ha atraído como verdadera «vocación» a sus iguales: a Hölderlin, Kierkegaard, al propio Nietzsche, a Dante, Blake, etc., cada uno a su modo, miembros de esa estirpe— es semejante a una profecía del ser del hombre que en ella resplandece. Recuerda María Zambrano lo escrito por Dilthey, «existe la vieja creencia de que los dioses se manifiestan y revelan el porvenir de las cosas en las almas vírgenes. En este estado de pureza de alma y de impoluta belleza de su ser, piadosamente guardado vivía Hölderlin». Claridad profética, subraya María Zambrano, que la aurora inexorablemente nos tiende, un humano «speculum justitiae» en que la historia se mira. En la reconstrucción salvadora que de la tragedia «Antígona» hace María Zambrano («La Tumba de Antígona»), reconstrucción que es escucha del delirio de la víctima en trance de desposesión y

---

[38] *El Sueño Creador*, pág. 68

[39] *La Tumba de Antígona*, pág. 8

desenajenación, constatación de la presencia inviolable de una conciencia intangible, en esa reconstrucción —que pudiera ser una constatación bien cercana a la propia autora— hace decir al último visitante de la tumba, al que llevará consigo a Antígona, hacia el amor, hacia la resurrección: «mientras haya hombres, hablará sin descanso, como la ves ahora, *en el confín* de la vida con la muerte. ¿Has entendido?» [40]

9

Espacio de celebración, se dijo, y de revelación, en el que la identidad presentida no se consume ni requiere ser «acabada». Inacabada y sin fin tarea en la que se sobrepasa la máscara de la transparencia por mayores riesgos de penetración en lo real, en su percepción y vivencia, a través de una palabra que hubiera que ir a buscar, o dejarse encontrarla en los confines de los tiempos, surgiendo del tiempo mismo, aún increada para el humano lenguaje. Palabra esencialmente generadora en su aliento, y generadora de realidad. Y se sobrepasa a sí mismo el lenguaje, que consumido en aquel aliento, escapa de la trama lingüística convencional, la que —al decir de G. Steiner— solamente enfrenta la realidad en puntos consagrados y arbitrarios [41]. Renovador lenguaje cuyas metáforas son manifestación de una tierra por descubrir, a la que hubiera que resucitar. Y toda metáfora que realmente lo sea, roza lo inefable, abre un espacio de desconocimiento, deshace, incluso, el conocimiento desposeyéndolo de sus transparencias, o de las máscaras que, tal vez, toda transparencia impone a la realidad. Roza la metáfora en María Zambrano lo inefable y, por ello mismo, es fuente de apertura de la lengua. Sinuosamente surge este lenguaje desde el sentir, una voz tras de la máscara, antes de la lógica, plegada a las penumbras del sentido, adentrándose en «las cavernas del sentido». No abdica del sentir originario, al que, a fin de darle cauces de expresión, hace «transgredir» el uso consagrado del lenguaje, sus barreras; y se redescubre más allá de sí mismo creadoramente, reinventando la metáfora porque la encuentra, como siempre se han encontrado las metáforas, en el sentido mismo. Metáfora que alude a «otro mundo», una segunda vida que lo es más, y, sin embargo, aún permanece desconocida latiendo, en su ocultación, en este real y concreto mundo que todos vivimos, poblando a veces nuestro delirio del hechizo de los signos y las auras insalvables de los presagios. Más allá de la idea —y de todo idealismo y dogmatismo absolutizador— fluyen las palabras como puente entre el delirio y la esperanza, puentes que parecieran alzarse por sobre las profundas aguas amansadas, tal la manifestación de una trascendencia, que desde este concreto mundo surge como la realidad acorde consigo misma. Desde el pleno corazón material del universo que nos aloja, la trascendencia es una realidad y una esperanza que acuciante, diríase, se traslada al lenguaje sobrepasando el olvido y las resistencias que en forma de determinismo y «facticidad» queremos imponerle. Trascendencia que sobrepasa al deseo —engañosa «orexis», que se constata de calumnias en los sueños, volviendo del

---

[40] *La tumba de Antígona*, pág. 89.

[41] En *After Babel. Aspects of language and translation.*

revés la realidad— más allá de la fiera voluntad humana que quisieran poseer la tierra a nuestra medida, o a la pequeña medida de quienes expanden su voluntad de poder como devoradora promesa de deshacer el tiempo.

Todo el pensamiento de María Zambrano, y toda su virtualidad metafórica, parecen estar habitando, o comenzando a vivir, en la confluencia de dos metáforas, la de la luz intelectual y aquella otra de la «visión por el corazón»; esas dos metáforas que parecen figurar el destino todo de la filosofía, si bien la segunda, la del corazón, como señala la propia Zambrano, no mantiene una tan cierta continuidad en la historia del pensamiento como la de la visión y luz inteligible. Confluencia y mediación entre la objetividad y cohesión del entendimiento y la esencia irreductible de una realidad que en el hombre clama en un amplio padecer, en aquella experiencia de desnudez que bordea el desamparo y abre a la misma esperanza; entre el mundo claro de la conciencia y los abismos de las entrañas. Y el corazón se le aparece a esta filosofía como el símbolo y representación máxima de todas las entrañas de la vida, y así dirá que él, el corazón, es la entraña donde todas encuentran su unidad definitiva, su nobleza, como el espacio vital único que se abre para dar acogida a realidades inexplicables y desamparadas. Pues conseguir abrirse a la realidad, alzar el sueño que todo ser humano ha de lograr soñar para despertar, realmente sólo es posible desde el incesante y mortal —por sus riesgos— trabajo de las entrañas que participen unidas en la acción suprema del corazón: precisamente acceder a la palabra dada en pensamiento, sin que una y otro sean mera reducción de aquella realidad, sin suspender el tiempo, sin abstraerlo, aunando la palabra y el ritmo en el que las entrañas se expresan. Música y latido del corazón dándose en pensamiento al que se ha permitido ir a ese más allá de las propias profundidades que también el pensamiento entrega al corazón. Decisivo «amor» éste del pensamiento que entrega al propio corazón lo que ni siquiera tiene primariamente y que, sin duda por amor —y así sucede en todo amor y toda entrega, según María Zambrano—, lo adquiere «para entregarlo a quien sólo así puede ir a quien llama». Profundidad de la llamada amorosa del corazón que hace penetrar al pensamiento en las mismas entrañas.

Decisiva parece aquella exégesis que realiza María Zambrano, que no es de otra cosa que del «amor intellectualis», amorosa comprensión y ampliación de aquel logos, que pedía Empédocles, bien dividido y distribuido por las entrañas. Este es el sentido que, se cree, hay que dar a una de las más profundas inspiraciones de María Zambrano (incluso a toda su inspiración que se «inspira» y penetra hacia dentro, hacia un centro: el corazón, esa conexión indeleble —si, como ella dice, los pasos del hombre sobre la tierra son las huellas de su sonido— con los órdenes del universo todo), aquella de que también el pensamiento se recoge, más allá de su función necesaria de desvelar, de transparentar; y cuando se recoge y cesa de recorrer su inacabable discurso, su inacabable cuestionar, se identifica con el corazón. Inteligencia y corazón unidos más allá de todo acechar y violentar a la vida. Es así como María Zambrano puede guardar, sin celarlo, un secreto..., guardar al ser donde mora, hacer de su escritura el fluir mismo de una liberación, la liberación que ella ahonda y acerca de la que filosofa: aquella que desde un centro va albergando, a su vez, el fluir de la vida que se acerca pasando, paso a paso en forma de danza, a la razón que, al haberse sumergido ella en

la vida, es ya vida. Auténtica razón vital, y ya no es posible ni la violencia, ni la acusación, ni el rencor, pues las entrañas y el tiempo, su profunda pasividad, han sido escuchadas, y la acusación y el rencor, en la vida y en la filosofía, nacen de la pura pasividad no atendida «y de lo que no logra, trabajando siempre, ser escuchado». Ha sido aplacada la mente discursiva en sus mismos recorridos infernales, y «la gran ordenadora» que todo lo encubre ya no tiene razones para el encubrimiento, ni para acallar aquello de donde precisamente ella surge plena, habiendo ido hasta allí por las solas razones del mayor de los atrevimientos: el amoroso. Se ha abierto la mente a la silenciosa invocación del corazón, a su indecible llamada, que si es indecible —explica María Zambrano— es porque ningún lenguaje conocido acaba de servirle, aunque de entre las palabras que conoce pudiera haber algunas, «o una sola que sea la que busca indeciblemente. Busca un oído, oír y que le oigan sin darse cuenta, sin distinción. Y que su llamada se pierda en la inmensidad de la única respuesta» [42].

Se ha ido entregando así esta filosofía, en virtud de su mismo poder metafórico, como razón poética, en formas cada vez más depuradas de amansamiento de una profunda audacia, de amansamiento, en virtud de aquella misma mediación entre la luz racional y la visión del corazón, de la misma claridad en otras suaves penumbras que suponen el rescate de una humillación, aquella calumnia que relega a la más profunda oscuridad y olvido a lo que no puede acceder, así, sin más operación que la racional, de no mediar el amor, al mundo de la luz. María Zambrano patentiza las prisiones de la vida a las que muestra un cauce de salida, de apertura. Cauce y aperturas dadas en aquella doble operación, doble cálculo creador, por la que el corazón es sustento de la mente, vaso y cáliz de ofrendas, centro del oír que no puede ser ensordecido si no es a costa de la vida, y la propia razón se erige, habiendo amorosamente descendido, en el más firme amparo del corazón.

No «reacciona», así, ante nada, pues nada violenta, ni ante nada retrocede la vital razón de María Zambrano. Con el brío de un pensamiento auténticamente creador —creador y liberador en su mediación entre el sueño y el renacimiento al que el sueño apunta al ser desentrañado de su fatalidad— deshace el espejismo del horror, aquél que reconduce al propio pensamiento a sus fuentes más intrincadas de irracionalidad, al no poder adentrarse aún más, al no poder y no atreverse, en la espesura. Encarnación del pensamiento que cumple su perenne función de ser la inteligencia requerida por la vida. Más allá del «eterno retorno» —que para María Zambrano en su formulación nietzscheana «es, más que una idea, un espejismo creado por el horror, más que una idea, un estado de ánimo al que Nietzsche sucumbió por no adentrarse todavía más en la destrucción» [43]— más allá de todo planteamiento mágico [44] se asume la condición vital de toda filosofía, la que ha sido —dice María Zambrano— logro y realización en sus momentos afortunados de la necesidad que la vida padece de ver,

---

[42] *Claros del bosque*, pág. 68.

[43] *Hacia un saber sobre el alma*, pág. 122.

[44] Ibídem: «horror del anacronismo de un mundo mágico en el que hemos recaído después de haber llegado a la plenitud de un mundo modelado por el logos».

de la aspiración a la transparencia, «reconocible siempre en todas las tormentas de la historia». Y esta condición vital y luminosa —esa luz viviente, en una palabra, mediadora, que abre cauces de rescate frente a lo inexorable, cauces de purificación, de algún modo sabedores de las condiciones de una promesa— se proyecta sobre la sombra de un imposible, como señal de alerta y más, en el horizonte mismo de una salvación, ante una cultura que practica el más indescifrable abandono, el de dejarse ir por entre los propios despojos del tiempo, sin tiempo por tanto, sin puente ante la realidad a la que, por cierta paranoia, diríase, impone su sueño, su ser inmóvil de atemporal violencia. Frenesí de los sueños incomprendidos, sometidos a la fatalidad y al delirio.

Buscando las «profundas cavernas del sentido» y ofreciendo una imagen de la vida que se rectifica a sí misma, parece estar María Zambrano abriendo una puerta al sueño, a la noche [45], en medio de un silencio que es oquedad de una realidad que niega su entrega, que se resiste a la violencia y a la delación y se convierte en el infranqueable muro de un arcano insondable, espacio de vida de fatigoso alcance.

Transita, pues, esta filosofía entre la clara patentización y las voces y rostros de un secreto que se hace arcano si se lo atropella. Por ello, al contrario de ciertas pretensiones de universalidad y objetividad que mal se avienen con aquelllas situaciones vitales por las que el hombre pasa y ante las que la fuerza enunciativa de la ciencia poco puede hacer, de no ser el apartarlas a un lado por no saber qué hacer con ellas, frente al dogmatismo de cierto filosofar, María Zambrano supone la fluida reflexión —musicalizada, diríamos, en cadencias rítmicas— que profundiza y se eleva a través de la indicación y la sugerencia que no avasalla, que no esclaviza y reduce a aquello de lo que habla, la comunicación de experiencia y el callar, tantas veces, ante los mismos umbrales de aquelllas experiencias cuyo secreto va a desvelar. Y su callar, como aquel del género Guia que ella tan lúcidamente ha estudiado, algo está diciendo de la necesidad de que, llegados a un punto, sea el otro quien lo sienta nacer dentro de sí, esa experiencia u otra análoga, a fin de que también él lo sepa por experiencia. Goza, pues, María Zambrano, en su forma más esencial, de esas notas de comunicación y enigma —que no se contradicen, sino, por el contrario, al ser manifestación de un respeto, por lo real, se apoyan—, que poseeen los más ancestrales y permanentes saberes de experiencia. Media también entre ellos y la misma filosofía, otorgando a ésta la posibilidad de ser un saber más que declarativo y absoluto abriéndole a esas otras formas de sabiduría un tanto «encubridoras», haciéndolas valer en el centro mismo de lo que la filosofía es: relación del ser y sus leyes. El genio de esta autora se muestra en esa honda fusión de la reflexión puramente filosófica y la momentánea iluminación que insinúa más de lo que explícitamente dice. Profunda creación de un orden de la palabra que hace que todo aquel que lo escucha detenida y antentamente pueda encontrar, como ella dice, en status nascens, la verdad que necesita. No es extraño que su atención se haya detenido en esas formas del pensamiento que son las «guías» y las «confesiones», pues en las peculiaridades de ambas es posible encontrar

---

[45] Recuérdese la metáfora aquella de las puertas que van abriéndose hata llegar a la noche que toma G. Steiner, de B. Bartok en el sugerente libro *El castillo de Barbazul.*

esa peculiar razón que a ambas anima: la razón misericordiosa. Esa razón que en María Zambrano ha hecho posible el ascenso y cohesión de tantos saberes experienciales en filosofía. Filosofía que es por ello patentización del mismo encubrimiento, de la ocultación y forma que «cortésmente» y por estar abierta a la comunicación es ella misma cifra de un secreto que hay que desvelar..., el secreto de la propia vida. Así ha podido decir Leonardo Cammarano: «Pensatrice profunda e corrosiva, la Zambrano peró lascia la penna prima di dirci l'ultima parola. C'e sempre un'ultima parola, infatti; e si suol dire che apartiene agli stolti. Forse, anche ai violenti (...), con puro stile filosofico la Zambrano concepische la filosofia come una "cortesia", come una chiarezza mite» [46].

Cortesía y misericordia que, guardando al ser donde mora, y sin celar el secreto, manifiestan su ocultarse bajo el velo mismo de la vida; «y se diría que la belleza toda sea el velo de la verdad y que la vida misma que se nos da sea el velo del ser» [47]. Y así, ese puente que tiende su escritura, plena de belleza, entre la reflexión apaciguada y la vida, abandona toda delación, cualquier última palabra, en los bordes mismos donde la razón, rozando lo inefable, se devuelve a su anhelo, al borde, plena de musicalidad y aun silencio (o silencio como pausa y respiro, sostén inquebrantable) de una única palabra, «palabra única, indecible, liberada del lenguaje», la que sólo puede venir señalada y sugerida, entreverada, expandiendo su luz y su llamada en el mismo anhelo entre las palabras que invocan una pérdida, una ocultación, la palabra que va de vuelo y que en el ala encuentra certera, apacible sugerencia; en el ala, en el aire, y aún por ello en el fuego que asciende a aquél, en la llama incombustible... en el vislumbre de la llama que en todo alienta. La palabra escondida, «a solas celada en el silencio», la que es impronunciable y aún infranqueable en el orden de las ideas, mas que desde toda la eternidad ha sido sustentadora, y aún en el tiempo mismo halla su cierta forma de eternidad amparando y elevando una vida, su transcurrir y pensar para la eternidad en ésta, a lo que la razón sabe, indescifrable entrega a la llamada sin fin. Especialísimo orden de identidad éste suscitado en y desde el anhelo de una llamada, de una remota mirada; identidad sin fin que ni siquiera se consume en el tiempo «pues que todo está naciendo, aunque en nuestro humano tiempo dure tanto como el tiempo concedido a cada vida. Allá en lo hondo, y más aún sobre lo alto, planea el tiempo que separa y tiende a la eternidad, el tiempo que mana como agua junto al ser para alimentarlo. Y en esta cripta del tiempo que mana penetra la mirada remota, calladamente» [48].

Orden de identidad entre los órdenes mismos del tiempo y el renacimiento, a modo de una perfecta geometría —la geometría visible de una llama— de acordados números de un sueño, ascendido a realidad sin haber consumido nada. Cualificadísimo sueño de resurrección. Resurrección, dice María Zambrano, de un ser divino que estuviera muriendo siempre. Y naciendo. Un ser divino; fuego que se reenciende en una sola luz. Tal si, digámoslo, esos ojos permanentes de las alas de los ángeles que

---

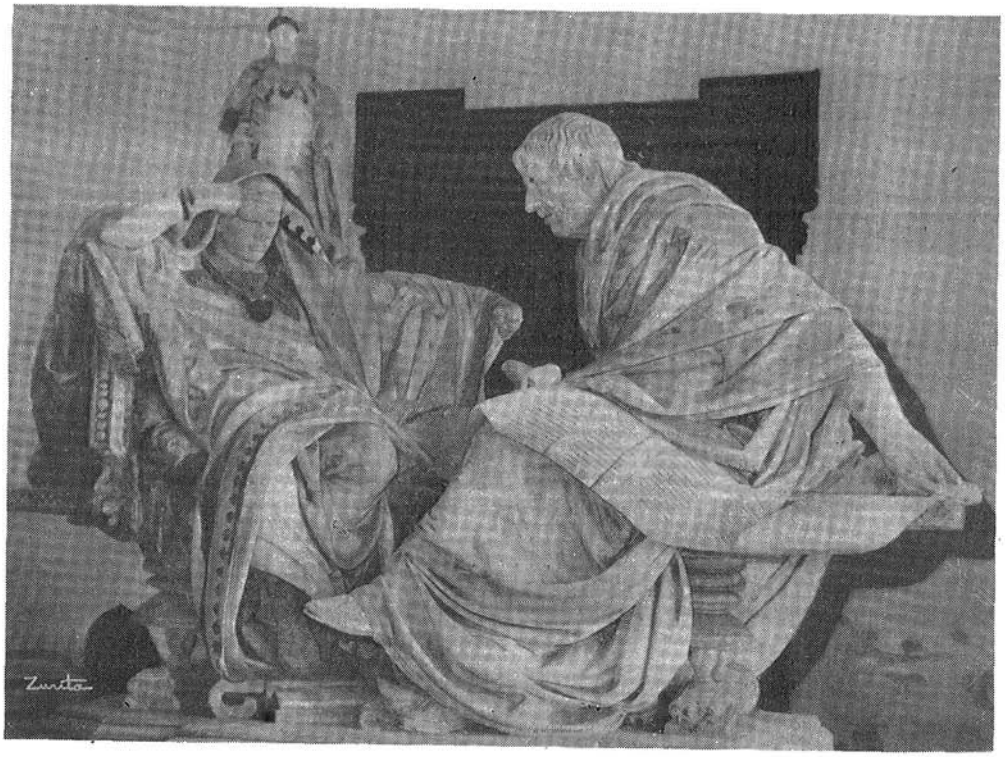
[46] *Morte e resurrezione del sacro*, en *Prospcttiva settanta*, julio-septiembre, 1975, pág. 129.

[47] *Claros del bosque*, pág. 132.

[48] *Op. cit.*, 134.

velan, en medio de la oscuridad, el nacimiento de cuanto haya de ser, estuviesen alumbrando, velado el rostro, cada página, cada paso de una indecible Aurora. Y en la noche velan la soledad de quien, olvidado de sí tanto, se entrega a la noche, su templo y su cielo, renaciendo límpida y aquietadamente sin escisión en la unidad que todo lo alberga: la santa realidad sin nombre.

JESÚS MORENO SANZ
Sangenjo, 3, 8.º A.
MADRID



Grupo escultórico de Nerón y Séneca, por Barrón, que se conserva en el vestíbulo de la Casa Municipal de Córdoba.